

HISTORIA UNIVERSAL DE LOS HOMBRES GATO

JOSU ARTEAGA

Primera edición en Desacorde Ediciones, octubre de 2015

- © del texto: Josu Arteaga.
- © de los prólogos: Josu Arteaga, Patxi Irurzun, P.J. Cournet y Sarah Feuilherade.
- © de las ilustraciones de interior y cubierta: Jota-Han.
- © de la edición: Desacorde Ediciones.

Desacorde Ediciones
C/ Arroyo del olivar, 34 - Madrid 28053
info@desacordeediciones.com
www.desacordeediciones.com

Diseño: Desacorde Ediciones
Impresión: Aries Innovación Gráfica
ISBN: 978-84-944041-2-2
Depósito legal: M-32054-2015

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

LA GATA TUERTA

1



Hay un tiempo para la vida. Los vientres hinchados de las hembras alumbran a sus crías. Así ha sido desde siempre. No importa la raza ni la especie. Es algo hermoso. Mágico. El milagro más grande que nadie pueda presenciar.

Padre era partero. Asistía a las yeguas. A veces me llevaba con él. Asomaban primero las pezuñas de las paticas delanteras. Tras las largas patas, la cabeza. Entonces padre agarraba al potro y tiraba de él con cuidado. Mientras tanto hablaba a la yegua en una lengua extraña. Tan suave y cadenciosa que amansaba los dolores de la parturienta.

Luego ella empujaba y el potro caía al suelo. Al poco comenzaba a levantarse. Enclenque. Gracioso. Doblaban las patas. Caía torpe y volvía a levantarse. Así una y otra vez. Sus paticas de alambre conseguían, al fin, mantenerlo en pie. Con el tembleque de un borracho. Después, como por instinto, se acercaba a la ubre de la madre. La cabeceaba y mamaba.

Mi difunto padre era como los de antes. Curtido en mil labores. Un hombre recio. Sólo cuando el potrillo se po-

nía en pie, algo parecido a una sonrisa asomaba a su boca. Como la estela fugaz que deja una estrella. Un brillo en sus ojos acompañaba ese gesto. La vida. El más grande de los milagros. Capaz de convertir *aranas* amargas como la bilis en *marrubis* maduricas y dulzonas. Ese es el poder de la vida.

En Olariz la vida y la muerte se entienden a nuestra manera. Todo nace y todo muere. Sin más. Así ha sido desde el primer amanecer. Para hombres y animales. Sin distinción. La vida es nieve primeriza. La muerte es nieve pisada. Ambas son lo mismo. Blanca y pura cuando se posa. Barro que desaparece en el barro, cuando el invierno muere bajo un sol que nace. Principio y fin del dolor. Así lo aceptamos desde siempre. Sin grandes aspavientos. Sin vueltas a la cabeza. Esos son quehaceres de curas y gente de carrera. Con tiempo de sobra para barruntar.

La muerte hace posible el milagro de la vida. Viene grabada a fuego. Desde antes del nacer. Cuando no se es más que una *ondarra*. Desde que un vientre se pone a obrar. Merodea. La muerte merodea hambrienta. Como esos perros asilvestrados que atacan a los ganados. Desde antes del principio mismo. Empecinada. Con la espuma colgando de los colmillos y el costillar esculpido por el hambre. Jamás se sacia.

Duele cuando viene. Duele sobre todo cuando viene caprichosa. Si lo hace antes de tiempo. Si nadie la espera. Entonces duele un poquico más que de costumbre. Es un dolor que no mata pero que mella. Que no ahoga pero que aprieta. Un dolor que se olvida de mudarse. Que se queda. Que se adueña de la noche y del día. Como la niebla cerrada

de meses. Como cuando la llama tiembla y el hielo muestra sus colmillos. Colmillos colgados desde los aleros.

El día en que acompañé a padre a Olaiceta cumplía siete años. Madre dispuso el almuerzo. Dos huevos para el padre. Uno para el mocete. Pero aquel día fue diferente. De mi huevo salieron dos yemas. Una sola clara y dos yemas. Casi junticas y redondas como dos soles. Sin tocarse la una con la otra. Padre me dijo que era cosa de buena suerte. Un huevo con dos yemas. Madre sonrió también. Me dijo que había de apechugar cuando las cosas venían torcidas y aprovechar las que venían de a derecho. Esa ha sido la enseñanza que más y mejor me ha valido. Esperar un huevo de dos yemas. Sobrellevando las calamidades. Sabiendo que la vida da más del doble de palos que huevos de yema doble.

Aquel día que prometía trances de a derecho, nos llevó a padre y a mí a caminar horas. Bajo el pesado paraguas de pastor. Con una lluvia menuda dueña de todo. Por una senda que se perdía a cada momento. Con los pies mojados y la comida a la espalda. Padre había de hacer de partero. Yo quería alargar la buena traza que apuntaba aquel día de perros.

Llegamos a Olaiceta justo en el momento oportuno. Cansados pero con tiempo para participar del milagro. Allí nos esperaba el dueño de aquella yegua roya. Nervioso ante aquel poderoso ejemplar. Tras trece meses de espera. Trece son los meses que necesita una yegua para parir de a derecho. Apuraba a mi padre para que todo fuera rápido y como es de bien. Nunca había visto animal más bello. Patas recias. Porte señorial. Lomo lucido. Un bonito animal que rebosa-

ba salud. Hermosa y salvaje. Inquieta ante nuestra presencia. Ajena al mundo de los hombres como era. Espíritu libre del monte que paría por primera vez. Que sólo días antes había conocido corral y pesebre. El dueño agarraba del ramal. Padre le hablaba y le acariciaba el cuello. Yo no quería perder detalle de aquella hermosura. Con mis ojos anchos como las dos yemas del huevo. Con la suerte a mi vera.

De nuevo surgió la vida. Allá mismo frente a mis ojos de yema. Sucedió el milagro. Un milagro que nadie esperaba. Un milagro que nos encogió el gesto. Que nos sacó el corazón a la boca. El final que había de tener un día que ofrecía las cosas a pares. Algo que sólo mi padre y yo entendimos.

Padre se santiguó. Se remangó. Escupió y se frotó las manos. La yegua estaba inquieta. Relinchaba de dolor. Pateaba el suelo e intentaba zafarse del ramal. Cabeceaba. Padre intentaba tranquilizarla con aquel suave y cadencioso susurro. Con esa vieja lengua que entienden los animales. *Maaa, maaa, maaa*. La yegua parecía sosegarse. Y llegó el momento. Pero no asomaron las pezuñas. A padre no se le ablandó la mirada. No hubo estrella fugaz. No apareció en su rostro la estela de sus colas. Estelas ante los que los enamorados piden deseos. No aquella vez. Dijo que venía del revés. De los cuartos traseros. Salieron las patitas de atrás plegadas bajo el tronco. La yegua no dejaba de patear el suelo. Tiraba del ramal y abría sus enormes ojos.

Después salió la cabeza. Las dos cabezas. Dos cabezas con un solo ojo en cada una de ellas. Un enorme ojo en medio de cada una de las dos frentes. El silencio se hizo en

la cuadra. Como si una procesión de angelicos la hubiera cruzado.

La yegua tranquila por fin. Su dueño con el gesto que la muerte deja cincelado en el rostro. Padre tapando al pequeño monstruo con la chaquetilla de las coderas recosidas. Yo pensando en el huevo de la yema doble. Padre puso remedio. Lo cogió en brazos y desapareció. Se oyeron varios golpes. Rápidos. Certeros. Luego el sonido del azadón que abría la tierra. Un agujero. Tierra para esconder al potrillo de las dos cabezas. A pocos metros de la cuadra. Así fue como pasó. Ese fue el final del día que me trajo el almuerzo doble.

Padre fue fuerte. Hizo lo que se había de hacer. Después el dueño y mi padre hablaron en voz baja. Se despidieron. Padre no quiso cobrar la labor. Apenas se miraron cuando se dieron la mano. Yo volví con padre. Él no habló y yo no pregunté. Así todo el camino de regreso a casa. Bajo aquel sirimiri melancólico. Ensimismado y triste. Con razón para llorar.

Pasaron los años. No sabría decir cuántos. Yo todavía no había hecho la confirmación. Fue una semana en que menguaba la luna. Una como otra cualquiera. Cuando volvió a suceder. La cocha pinta de Ciriaco iba a parir. Tras tres meses, tres semanas y tres días. El tiempo que tarda una cocha en alumbrar. Estaba rabiosa. Tenía el vientre muy hinchado. Gruñía como si la estuviesen dando el peor de los tormentos. Espuma en la boca. Los ojos fuera de sí. Parió doce gorrines. Doce. El número de los apóstoles de Jesús.

Uno a uno los fue matando. Los doce. De la rabia. Del dolor. Salían de su vientre, los mordía con saña y los lan-

zaba contra las paredes de la *porciga*. Así con todos. Doce gorrinicos muertos. Esparcidos en el suelo de la *porciga*. Aquella cocha estaba como loca. Una locura que hacía que sus ojos fueran fuego rojo. Ciriaco quedó triste. Impotente. Casi como si lo aceptase. Con una resignación aprendida de siglos. Con el dolor ahogado en su garganta anudada.

Yo supe el porqué de aquello pero no dije nada. Lo supe antes de que ocurriera. Fue a la mañana del mismo día. Madre me había mandado por una docena de huevos. Iba como el cierzo. Sin conocimiento. Con la correa que te da el ser un mocete. Cuando pasó lo que tenía que pasar. Delante de casa del Ciriaco me di de morros contra el suelo. Me despellejé rodillas y manos. Los huevos se me rompieron rasos. Los doce.

A veces las palomas picotean las cabezas de sus propios pichones. Hasta matarlos. No es algo extraño. Indefensos. Sin apenas plumas. Enormes bocas que piden alimento. Sacrificados por vete a saber qué oscura razón. Por sus propios progenitores. El instinto. El instinto que nos hace capaces de lo mejor y de lo otro. Siempre el instinto. Matar a sus propios pichones. Picotearlos hasta que sus pequeñas cabezas se convierten en una bola de sangre, plumón y paja. No se sabe por qué. Con pienso suficiente para todo el palomar. Pudiendo volar libres los días de verano. A salvo de cazadores o milanos. Con un techo al que regresar a resguardo del invierno. Sin embargo los matan. Sus propias madres. Apenas han salido del cascarón.

Recuerdo a mi abuela rescatando algún pichón con el cuello desplumado y el hambre hecha pico inmenso. Picho-

nes que sus progenitores rechazaban. Los colocaba en una caja de zapatos junto al fogón y conseguía sacarlos adelante. Con paciencia, trigo y maíz. Otras veces morían en la cajita de cartón y acababan en el cuenco de la comida de los perros. Ellos terminaban el trabajo. De un bocado.

Así es la vida en Olariz. Hermana de la muerte. Cuando parió la gata tuerta tuve miedo. Estaba flaca y vieja. Arruinada tras muchos años de mala vida. Poco comer, mucho parir y un perdigonazo que le reventó un ojo. Seguramente sería la última vez que alumbrara. Los débiles pierden el derecho a perpetuarse. El débil muere y deja paso. Es la ley. Pero aquel día fue diferente. Los huevos no dieron la pista de lo que sucedería. Ni en el almuerzo, ni contra el suelo, ni en el palomar. Así supe que la cosa saldría bien.

Aquella gata vieja obró el milagro. Sabedora del oficio. Contra todo pronóstico. Los fue pariendo. Los fue lamiendo uno a uno. Las caricas menudas de los siete gaticos. Según los iba pariendo. Los agarraba del cuello. Los acercaba a su pecho. Su lengua tibia les lavaba la cara. La tela húmeda que los envolvía. Ellos ciegos y unidos en un coro de pequeños maullidos. Ella empeñada hasta el tuétano en lamber a sus crías. Paciente y hacendosa. Con el cariño y la entrega de las madres. Había hecho una cama mullida con paja y pelo. Su propio pelo. Se lo había arrancado con las patas de atrás. Como hacen las conejas y otros bichos. Después de lamberlos, los acercaba a sus ubres flacas y los maullidos cesaban. La leche tibia y dulzona los devolvía al sueño.

Instinto poderoso el de alumbrar y cuidar de una vida. Cosa grande. Así tuvo la gata tuerta de la Teodora siete ga-

tos menudicos. Siete gaticos que hubiera defendido hasta con su séptima vida. Sangre de su sangre. Puro instinto.

La muerte lo dejó para más adelante. Cierto es que la camada no era demasiado lucida. Más bien todo lo contrario. Pero ahí estaban reconfortados. Fuera de la panza de su madre. Callados y dormidicos con la vieja gata que ya nunca más pariría. Vigilante de un sueño tranquilo y ebrio. Algo se me removió por dentro. Sonreí. Hubiera querido volver atrás y enmendar lo que hice. Su ojo frente a la mira de la carabina. Mi instinto de muerte. El disparo. La gata dando una voltereta en medio de un maullido salvaje. Como una descarga eléctrica. Como el rayo en la tormenta. Puro músculo felino. Tensado a un metro del suelo. Luego la caída sobre el lomo y la huida alocada por el callejón. Era tarde. Fue el día en que aprendí a disparar.

El instinto. En Olariz siempre nos pudo el instinto. Lejos de estas montañas también. Aunque se recomponga con perfumes y palabras de paladar dulzón. Aquí, como allí, el instinto manda. Las naciones más civilizadas se despedazan entre sí. Olvidan el ropaje fino y aparecen tan sólo con el instinto y el cuchillo. Degollando mocetes, forzando a las hembras y matando por matar. Con cualquier excusa. Bajo mil banderas. Rindiendo tributo a ese instinto viejo y viciado que anida en los hombres. Sobrevivir al precio que sea. Matar al otro. El día menos pensado, la civilización aparece en una cuneta. Con una bala en la cabeza. Entonces el instinto se baña en sangre. Enseña pecho y se orina en altares y sagrarios.

Lo hemos visto muchas veces por televisión. Naciones ricas y naciones pobres. Lo vieron los padres de nuestros abuelos en las carlistadas. Nuestros abuelos en la civil. Da igual. Mudan los credos pero no el instinto. Mudan los pendones y las razones. Nunca la muerte. Jamás el instinto de matar y de no ser muerto. Agarrarse a la vida hasta donde se pueda. A costa de lo que sea. Sin mirar a los lados. Hacia el prójimo. Ese amor que debiéramos profesarle queda en palabrería de curas. Catecismo amodorrado en libros.

Así ha sido desde el primer amanecer en el mundo. Lobos contra lobos. Desde que Caín matase a Abel. Como en la Olariz que yo conocí. Sólo que aquí el instinto campa a sus anchas. Sin necesidad de que su condición retorcida mude en la cara morena de la más preciosa virgen. Lo llevamos tan dentro como los huesos el tuétano. Lo sentimos nuestro y no nos molesta. Negarlo sería tontada. Somos instinto.

Si algo hemos visto en Olariz es muerte. Pero ya no nos inquieta. Ni somos blandos de corazón, ni nos achantamos fácil. Ha habido un rosario de ellas. Cosas que no se pueden contar salvo entre dientes. Con la mirada vigilante. A oídos discretos y a labios sellados. Con el vino deshelando viejas cautelas. Viejas historias. Historias que hibernan en largos silencios.

Con la mitad del camino de mi vida recorrido. Con el vino como cuerda de mi viejo reloj. Queriendo limpiar viejas inquinas. Por llevar más liviano el saco que la vida te pone al hombro. He de hablar. De lo que fue Olariz. De la vida y de la muerte. Nadie mejor que uno de nosotros. Alguien de aquí. Que sepa lo que dice. Que sepa de lo que

habla. Con la lección aprendida de a corrido. Mejor que el padrenuestro.

Hace mucho tiempo que no espero huevos de dos yemas. Desde lo de Olaiceta y los gorrinicos. Desde lo de los pichones. Nunca más los almorcé. Ni de una ni de dos yemas. Hay algo retorcido en ellos. No son cosa natural. Así lo creo y así lo digo. Aunque parezcan tontadas y manías de viejo.